

ba el país; le manifestó que todas las clases acomodadas y laboriosas estaban dispuestas á aceptar la intervencion como el único remedio que veian á los males de la república, sí, como se esperaba y se decia, era desinteresada y leal. El general Lorencez le contestó asegurándole que el propósito de la Francia era elevado y noble; que el emperador de los franceses respetaba mucho la independencia de la nacion mejicana para atentar en lo mas mínimo contra ella, y que la mision que habia conducido á dos mil leguas de distancia á los soldados franceses, era la mas noble y franca; la de prestar al país todos los recursos del imperio francés para contribuir al engrandecimiento y felicidad de él. «La Francia,» añadió, «dejará bien puesto aquí su honor, y realizará cumplidamente los justos deseos de los buenos mejicanos.»

Terminada la entrevista, que fué satisfactoria para el general Taboada, se dirigió éste de nuevo á Córdoba para reunirse con D. Juan Nepomuceno Almonte, como se lo habia ordenado Lorencez.

El general Prim y el comisionado de Inglaterra no veian con agrado las atenciones que los jefes franceses dispensaban á los prohombres del partido conservador, y deseando saber si en la política que habian de seguir estaban de acuerdo, dirigieron el 23 de Marzo una nota desde Orizaba á Mr. Jurien de la Graviere. Decian en ella, <sup>1862.</sup> <sup>Marzo.</sup> que los plenipotenciarios de Inglaterra y España «tenian la honra de comunicar á S. E. »el Sr. almirante Jurien de la Graviere, que en vista de »la actitud tomada por la parte francesa de la expedicion »aliada y del carácter de las resoluciones adoptadas por

»los jefes franceses, no conformes á lo estipulado en la »convencion de Lóndres, creen que una entrevista de los »representantes de las tres potencias es, no solamente »oportuna, sino indispensable. Los plenipotenciarios de »Inglaterra y de España suplican con insistencia á S. E. »el Sr. almirante Jurien de la Graviere, se vuelva á Orizaba lo mas pronto posible; hoy mismo dirigen una súplica de comun acuerdo al Sr. de Saligny, para tener »una conferencia, á fin de que las esplicaciones á que dará lugar, sirvan para fijar la conducta que todos de comun acuerdo ó cada uno separadamente, si la avenencia no fuere posible, deban tener de aquí en adelante. »Los infrascritos tienen la honra de renovar á S. E. el »Sr. almirante Jurien de la Graviere la seguridad de su »muy alta consideracion.»

Los comisionados de Francia obsequiaron el deseo de sus colegas, y la entrevista de los enviados de las tres potencias se verificó en seguida. En ella, el general Prim, así como el ministro inglés Wyke, manifestaron que seria prudente que se hiciese volver á Veracruz á Almonte, al padre Miranda, á Samaniego, á Don Antonio Haro y Tamariz y á otros mejicanos que se hallaban en Córdoba. Los comisionados franceses, queriendo complacer á sus colegas, dieron la orden á D. Juan Nepomuceno Almonte para que contra-marchase á Veracruz.

Sensible fué para Almonte que se hubiese dictado aquella medida; pero conociendo que era preciso obedecerla, quiso aprovechar los instantes para contestar, antes de salir para Veracruz, á la carta que le dirigieron los generales Castillo, Calvo y Aguilar, por conducto de D. Antonio

Taboada. Resuelto á trabajar por el triunfo de la causa conservadora, les contestó con fecha 26 de Marzo, dándoles las gracias por la confianza que le dispensaban, haciéndoles saber la orden que el jefe francés le habia dado para que retrocediese á Veracruz, en compañía de Haro, del padre Miranda, de Samaniego y otros mejicanos, alentándoles para que siguiesen trabajando contra el orden de cosas establecido, y acompañándoles el plan del movimiento que debia hacerse en la capital.

La providencia tomada por los comisionados de las tres potencias para que Almonte y los demás mejicanos que le acompañaban, volviesen á Veracruz, reconocia por origen una entrevista verificada entre Prim y los ministros mejicanos Teran y Gonzalez Echeverría, tio este último, como queda dicho ya, de la esposa del representante español. Ambos ministros, que lo eran de justicia el primero y de hacienda el segundo, habian salido el 19 de Marzo de Méjico para Orizaba, con objeto de conseguir que se entregase la aduana de Veracruz á los empleados del gobierno de Juarez, de alcanzar que se prohibiese á los conservadores Almonte, Haro y demás mejicanos de sus ideas, internarse en el país, y á decir algo respecto de las reclamaciones que el ministro de Prusia, en nombre de los súbditos ingleses y de otras naciones que habian quedado bajo su proteccion, formuló contra una contribucion impuesta por el gobierno á nacionales y extranjeros.

La pretension de que la aduana de Veracruz fuese entregada á los empleados del gobierno de Don Benito Juarez, fué desechada por todos los comisarios como exigencia extremada, y los ministros volvieron á la capital sin haber logrado su objeto.

1862.

Marzo.

Almonte y sus compañeros, como he dicho, se disponian á regresar á Veracruz, cuando á poco se les hizo saber que la disposicion quedaba revocada. Juzgando, sin duda, el comisionado francés que el acto de obligar á los mejicanos que habian vuelto á su país á permanecer en un punto malsano, como era Veracruz, pudiera interpretarse de una manera desfavorable, no quiso que se llevase á efecto la disposicion dictada.

Contento Almonte de aquella contra orden, escribió el 27 de Marzo, á los mismos individuos á quienes escribió el dia anterior: «El comandante de estas fuerzas,» les decia, «ha recibido hoy, á las tres de la tarde una orden del general Lorencez, para que quede sin efecto nuestro regreso á Veracruz, y continuaremos, como veníamos, bajo la salvaguardia de las tropas francesas. Calculo que para el cuatro ó el cinco del entrante estaré en Tehuacan con estos señores que me acompañan.»

Esta resolucion de los jefes franceses de proteger á los conservadores que se habian amparado bajo de su bandera, era un obstáculo para los planes que se habia propuesto realizar el general Prim. El aumento de la expedicion francesa con 2,500 hombres mas que habian llegado, y que, unidos á los 3,000 que desembarcaron en un principio, hacian un total de 5,500 soldados, número ya igual al de la division española, hizo creer al conde de Reus que la Francia se opondria á la conducta que él, así como el comisionado de Inglaterra, se habian propuesto seguir en los arreglos con el gobierno de Juarez. «Los jefes de las fuerzas francesas,» decia Prim á su gobierno en des-

pacho de 29 de Marzo, «dejando á un lado toda reserva, »han desplegado ya su bandera; las tropas que llegaron »últimamente á Veracruz han tomado bajo su amparo á »los emigrados, que vienen á conspirar contra el gobierno »constituido y contra el sistema existente: custodiados por »las bayonetas francesas, han penetrado hasta Córdoba »los Almones, los Haros y los Mirandas; y tan graves y »trascendentales disposiciones se han tomado, no solo sin »consultar á los plenipotenciarios de España é Inglater- »ra, sino en desprecio de nuestra opinion contraria, pré- »viamente comunicada á los jefes franceses.

«Sir Charles Wyke y yo no hemos podido menos de »ver en semejante conducta, un propósito deliberado de »atropellar los compromisos contraidos en la convencion »de Lóndres, de faltar á los miramientos que se deben »entre sí las naciones, mayormente cuando se asocian »para llevar á término una empresa de humanidad y de »civilizacion; de faltar á los pactos ya celebrados con el »gobierno de Juarez; en fin, de desentenderse totalmente »de la cortesía y consideracion que eran debidas á los re- »presentantes de España é Inglaterra por sus colegas de »Francia.»

Segun la anteriores palabras del general D. Juan Prim, el plenipotenciario inglés se manifestaba disgustado de la conducta observada por los franceses, dejando internar en el país á los mejicanos que habian estado desterrados en Europa; pero ciertamente que el comisionado de la Gran Bretaña era el que menos derecho tenia á mostrarse celoso del cumplimiento exacto de la convencion de Lóndres, cuando él fué el primero que dejó de acatarla, impidiendo

que Miramon desembarcase en Veracruz, siendo así que la mision que llevaban era de dejar en completa libertad »á todos los mejicanos, sin excepcion de credo »político ninguno, que se reunieran y eligie- »sen el gobierno que preferible juzgasen para su felicidad. En vano se esforzó entonces el mismo Prim en tratar de persuadir á los plenipotenciarios ingleses «que la mision de los comisionados de las tres potencias no era prestar apoyo ni dar preferencia á un partido mas bien que á otro, y que el acto de negar á Miramon la entrada en Méjico, haria caer sobre ellos la nota de parciales;» los plenipo- »tenciarios británicos Sir Charles Wyke y el comodoro Dunlop, no quisieron escuchar reflexion ninguna, siendo así, los primeros, como he dicho, que se apartaron del objeto de la convencion.

El apoyo dado por la expedicion francesa al general Almonte y á sus compañeros, unido á la voz que circula- »ba de que la intencion de la Francia era establecer una monarquía en Méjico, alarmó altamente al partido liberal. Comprendió que si aquella era la intencion del gobierno francés, los tratados de la Soledad venian á tierra, ame- »nazando en consecuencia al gobierno de Juarez. La pren- »sa progresista, tratando de presentar como contraria á la idea de la mayoría del país el establecimiento de la mo- »narquía en Méjico, publicaba meditados artículos, con el objeto de persuadir á los representantes de las poten- »cias aliadas, diciendo «que ni aun el partido que mas pro- »pendia en Méjico á robustecer el principio de autoridad, estaba por la monarquía.»

No estaba de acuerdo, como era natural, con la opinion

anterior emitida por los periódicos mas caracterizados de la comunión progresista, el partido conservador. Segun éste, la gran mayoría de la nación, la parte sana, de arraigo y laboriosa, arruinada por los diversos cambios políticos, operados siempre bajo la forma republicana, deseaba ensayar un nuevo sistema, el sistema monárquico, toda vez que con las formas republicanas los males de la patria habian ido en escala ascendente. Añadian los prohombres del partido conservador, que no porque así se juzgase por ellos, se oponian sus correligionarios á que se consultase la opinion del país para darle el gobierno que mas adecuado creyese á sus necesidades y deseos; pero que para conocer las aspiraciones de la sociedad, era preciso que el gobierno de Juarez, así como la fuerza que le combatía, dejasen su actitud hostil, y permitiesen á los aliados hacer un llamamiento al país para que escogiese, sin presión ninguna, los hombres y las instituciones que habian de regirle. «Nosotros,» agregaban, «estamos dispuestos á esperar, sin oposicion, el resultado; pero el gobierno de Juarez, lejos de obrar en igual sentido, ha declarado enemigos de la patria á todos los que anhelan que se reforme la constitucion de 1857; y sin querer poner á prueba el resultado de un llamamiento á todas las clases de la sociedad para que elijan un gobierno, ha dicho que el suyo es el resultado de la opinion del país.»

Alarmado el gobierno de Don Benito Juarez con la actitud que parecian tomar los comisionados de Francia, y queriendo patentizar que no existia en el país nadie que combatiese contra las instituciones establecidas, hacia esfuerzos extraordinarios para mantener su preponderan-

cia sobre las fuerzas contrarias, y tenia en continuo movimiento numerosas tropas contra el general en jefe Don Leonardo Márquez. Este, proyectando nuevos planes de campaña, se puso en contacto con Don José María Cobos que se habia apoderado de Iguala, y cuya fuerza estaba bastante bien organizada. Los liberales, despues de haber abandonado Iguala, fueron á tomar posiciones en una eminencia muy ventajosa, próxima al pueblecillo de Teloloapan. Don José María Cobos salió á hostilizarles llevando, unida á sus tropas, las del general Márquez. Habiéndose presentado éste pocos momentos despues en el campo de operaciones, Cobos le cedió el mando, reconociéndole como jefe superior. Márquez siguió hostilizando á los contrarios en la ventajosa posición que ocupaban, hasta donde lo permitian las cortas fuerzas que él y Cobos tenian y las escasas municiones con que contaban. En aquellos momentos se presentaron, en auxilio de los sitiados, respetables fuerzas liberales enviadas de Méjico y de Toluca en persecucion de D. Leonardo Márquez. Siendo imposible hacer frente á las nuevas columnas contrarias á la vez que á las fuerzas anteriores, D. Leonardo Márquez dispuso la retirada. Esta disposición era prudente y acertada; pero llevado del deseo de mantener vivo el entusiasmo en las tropas que operaban en otros puntos y de que no se tradujese por derrota la retirada, creyó que produciria un buen efecto enviar un parte al presidente conservador, anunciando una victoria. Dominado del deseo de despertar el entusiasmo en las filas conservadoras, extendió un parte oficial que por extraordinario envió á Iguala, donde se hallaba Don Félix Zu-

loaga, comunicándole que habian sido forzadas todas las posiciones del enemigo, obteniéndose la mas completa victoria, y haciendo mencion de hechos heróicos diestramente referidos. Esta noticia, dada de oficio, fué acogida con entusiasmo en Iguala y festejada con extraordinario regocijo. Poco, sin embargo, podia durar el contento producido por la lisonjera nueva; y, con efecto, así sucedió: la llegada á Iguala de las fuerzas conservadoras de Cobos y de Márquez puso en claro la ficcion, y el disgusto sucedió á la satisfaccion producida por la ficcion. El presidente conservador Don Félix Zuloaga que dos dias antes habia recibido los cumplimientos oficiales por la supuesta victoria, sintió un profundo disgusto al descubrir el engaño, y no obstante su característica prudencia y el afecto que profesaba á Don Leonardo Márquez, sugetó á éste á un severo interrogatorio. La idea del general Márquez ya dejo manifestado que no reconoció otro origen que la de sostener vivo el entusiasmo por la causa que defendia; pero no debió valerse jamás de ese recurso que haria que se dudase en lo sucesivo de la relacion de una verdadera victoria, y el presidente conservador Zuloaga, para manifestar su desaprobacion, firmó la orden de su destitucion del mando, confiriendo éste á Don José María Cobos, que, no obstante haberlo rehusado, manifestando empeño por que continuara en él Don Leonardo Márquez, tuvo al fin que admitirlo, quedando desde ese momento nombrado general en jefe.

Los esfuerzos del gobierno de Don Benito Juarez en vencer á sus contrarios eran entre tanto cada vez mayores.

Considerables fuerzas operaban en todas direcciones, teniendo en continuo movimiento á las fuerzas conservadoras.

Los encuentros eran repetidos; diarias las escaramuzas, y abundante la sangre que se vertia diariamente en los combates.

Los pueblos entre tanto sufrían, y el mes de Marzo de 1862 terminó, como habian terminado todos los que le precedieron; cada vez mas exaltadas las pasiones; cada vez mas alejada la armonía entre los hijos de la mas bella region de la América.